LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÉGRAFO„

estra deuda para con Pío VI

n una fresca mañana del mes
ctubre del año del Señor de
y en una de las amplias salas
l Vaticano, frente á sólida y des-
mesa de caoba, toda ella
de planos y dibujos ar-
uitectónicos, hallábanse profunda-
ente embebidos en el estudio de
y otros, Su Santidad Pío VI
su Eminencia, el cardenal José
, camarlengo y confidente del
Papa.

Papa rompió de pronto el si-
exclamando, mientras enro-
cuidadosamente el plano de
Lucerofaro y lo introducía en
tubo latón.

—Vamos, Doria, basta por hoy de
cosas del puerto de Ancona
tanto nos cuestan y preocupan
emos un poco de algunas
.

Cardenal dejó por su parte so-
su mesa compás y regla, con los
había estado midiendo por allí
rto papel y volvió á su augusto
locutor, el festivo rostro.

—Mande y disponga Su Santi-
.

—Bien, carísimo José; cómo
histes que llamaban aquellos
caballeretes que me hicistes
ir ayer en audiencia especial?

—Fueron, señor, don Ignacio de
, el Dr. Juan de Aguirre y
Dn. Juan de Arteta—respon-
sin trepidar el interpelado, ha-
lujo de su gran memoria.

—Y de qué lugar de España son
fieles cristianos?

—Españoles, en efecto; pero no
sitiares, pues todos tres son
os de Guayaquil, un puertecí-
de las Américas, Santo Padre.

—Y, desde tan lejos han venido
maravillosos hijos tan sólo por he-
r los pies á implorar mi pater-
bendición, que tan gustoso les
impartido? Pero no, ahora re-
do que eran portadores de una
á memorial, que sé yo, y que
di recojer para que, traducida,
era yo saber lo que el docu-
to encerraba. ¿Se habrá hecho
so?

—Beatísimo Padre, aquí mismo
os la pieza. No ha mucho la
llegar á mis manos el jefe de
traductores de vuestra secreta-
.

—Veamos..... veamos que dice.
Huvo que andar mucho el Car-
y tomó de sobre un cercano
torio, un pergamino que en-
al Papa, quien, después de re-
atentamente las bien traza-
líneas que contenía, repuso:

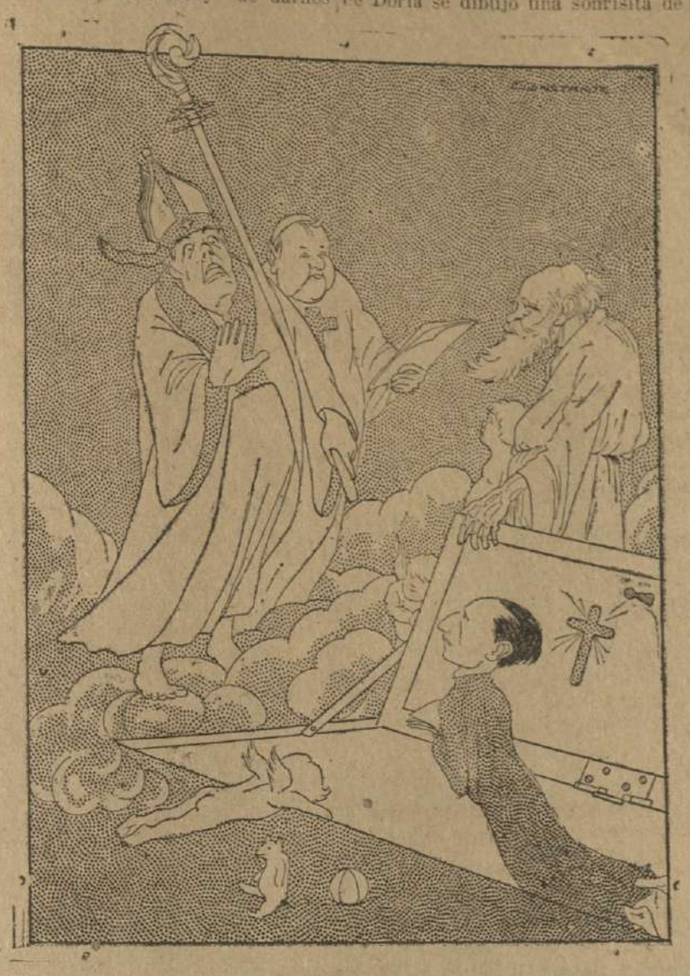
—Y, la traducción, José; la tra-
ción, que bien sabes que no soy
ducho en el habla de Casti-
.

Su Eminencia desplegó entonces
papel que había guardado en-
anto y después de aclararse el
, leyó pausadamente, vertido
latín, ó al italiano, el documento
conservaba Pío VI entre las
s y que decía, en original:

"Santísimo y Beatísimo Padre:

"No dudando la obligación que
tienen los pueblos de toda la Cris-
dad de demostrar con humil-
d la amorosa complacencia y
más rendido espiritual vasalla-
que os tributan las más remo-
naciones del Universo, donde
la Gracia de Dios reyna la Fé
ólica, y siendo esta ciudad y
Provincia una de las que en
Reyno Imperial del Perú, des-
la antiguedad de su fundación
que prefiere á todas las del
ino, ha conservado no pocos
ros de religiosa observancia
las obligaciones christianas que
esa, y es por esto de las más
ersas á la Silla Apostólica y á
Romanos Pontífices; debe ser
bién la más puntual en cele-
Vuestra Exaltación al Trono
San Pedro con el regocijo de-
á tan plausible noticia y con
nes sacrificios de hacimiento
gracias repetidas al Todo Po-
so Dios y Señor nuestro, ala-
ndole y glorificándole por ha-
dado un tan digno Sucesor
la Silla de San Pedro, que en

"el Gobierno de la Nave de la Igle-
sia nos lleve seguros al puerto, con
"que deseamos lograr el dichoso fin
"de las borrascosas tormentas de la
"vida". Os ofrecemos nuestra más
"amorosa enhorabuena, pidiéndoos
"que, muy particularmente os dig-
"néis recibir á esta ciudad y su
"Provincia bajo el amparo de Vues-
"tra Beatísima y Soberana Protec-
"ción para que estando dentro del
"pensamiento de Vuestra Piedad no
"cese Vuestra Santidad de comuni-
"carse con nosotros y de darnos



"repetidas bendiciones, con que
"nuestros pueblos consigan las que
"desean, para honra y gloria de
"Dios, en bien de las almas y os
"suplicamos que una de ellas sea
"el Muy Santo Jubileo de Cuaren-
"ta Horas, circular todo el año, co-
"mo se goza en ciertas ciudades del
"Viejo Mundo, de manera que sin
"salir de esta ciudad trascienda á
"todas las cabeceras de los curatos
"de esta Provincia, donde se pueda
"repetir en cada mes una vez, y que
"á su respecto lo tengan doce veces
"al año, al paso que en esta ciudad
"sea diario é interminable todo el
"año.

"Y, siendo notorias la nobleza y
"distinción de sus personas y fa-
"milias de los hijos legítimos de
"esta noble y leal ciudad de San-
"tiago de Guayaquil: Dn. Ignacio
"de Avilés, Dr. Dn. Juan de Agui-
"rre y Dr. Dn. Juan de Arteta que
"residen en esa Corthe de Roma)
"los comisionamos á besar rendida
"y humildemente Vuestros Piés y
"á poner en Vuestras Santas Ma-
"nos, estas nuestras humildes le-
"tras, y á pediros sin cesar el des-
"pacho favorable de nuestra preten-
"ción, pues no dudamos que desde
"el Solio de Vuestra Grandeza nos
"comprehendan las luces de los ra-
"yos con que alumbrais al mundo.
"No dudamos que Vuestra Piedad
"volverá á nuestros pueblos su a-
"pacible rostro, así como Nuestro
Señor Jesucristo se dignó volverlo
"á la Cananea, concediéndole el lo-
"gro de su petición.

"Fecha en Guayaquil á Enero 19
"de mil setecientos y setenta y seis
"años.

"FRANCISCO TREJO, FRANCISCO DE UGARTE, PEDRO DE ARTETA Y LARRAVETIA, MARCOS DE AVELLAN, NAVARRO NAVARRETE, JOSEPH GOROSTIZA, FRANCISCO ANTONIO FANO, BALTHAZAR DE AVILES, ANTONIO DE ZUBIAGA, MARIANO CRESPO, VICENTE DEL CASTILLO, MIGUEL DE SALDAÑA, LISENCIADO ANDRES RODRIGUEZ Y OLIVARES".

Terminada la lectura de tan interesante pieza, el Cardenal Doria clavó los escudriñadores ojos en el Pontífice y vió que en el plácido semblante del jefe de la Cristiandad se hallaba pintado el asombro.

—**Possibile!.... possibile!** .....he oído bien.....quieren los de Guayaquil que los autorize para poder celebrar á diario el Santo Jubileo de las Cuarenta Horas.....! Qué opinas tu de eso, mi buen Guiseppi, no te parece que es mucho pedir?

En los aristocráticos labios del Príncipe Doria se dibujó una sonrisita de malicia y esquivando la respuesta, dijo:

—He descuidado informar á Vuestra Santidad que los representantes de Guayaquil, recibidos en audiencia, habían hecho entrega con anterioridad á esta, y por indicación mía, al despensero mayor de palacio, de un apreciable cargamento de exquisitos cigarros y fragantes panes de chocolate, con que la dicha ciudad acompaña su misiva, la que espera sean aceptados benévolamente unos y otros, como humilde tributo de las producciones é industrias de ese privilegiado suelo.

—**Davvero!** Chocolate!..... chocolate, has dicho, eminentísimo camarlengo. Oh! esa gente de Guayaquil hace regales principescos!

—Padre mío, si los árboles que producen la bendita almendra, de la cual se prepara ese deliciosísimo é incomparable licor, cuyas grandes virtudes hizo preconizar el celebérrimo médico parisino, Dr. Bachot, allá por 1684, cuando era regente de la Facultad de Francia, por medio de tésis obligatorias, encaminadas á probar que "el chocolate, bien preparado, era un invento de los dioses, más bien que el néctar y la ambrosía;" los tales árboles, digo, crecen en aquel país, como los olivos en mi querida Génova.

—Conque una gran cantidad de panes de chocolate! ¡Mira, amigo José, mira porque guarden con el mayor cuidado ese chocolate y que se ejerza vigilancia sobre él! Usaremos de la bebidilla que tanto te entusiasma con toda parsimonia, que ya uno de mis gloriosos antecesores, de cuyo nombre no quiero acordarme, la reputó peligrosa para la castidad y estoy por creer que hasta llegó á prohibirla á clérigos y frailes.

—Vuestras sabias disposiciones se cumplirán "ad literam" Señor, y os ruego también resolver lo que se ha de contestar á los guayaquileños, agregó curioso y con picardía el genovés.

—Lo q' se ha de contestar? Concederles, José: concederles, tal y como lo piden; esa gente del puertecillo del chocolate ha menester, sin duda alguna, de la gracia y de las bendiciones celestiales para temperar los efectos de la diabólica bebidilla. Pero, que sepan que me han de dar estrecha cuenta del fiel cumplimiento de todas las prácticas que reclama la especialísima concesión que les hago; ellos, y sus familias y descendientes, á través de ocho generaciones. Esta es mi voluntad.

—Fiat voluntas tuas— concluyó jovialmente el simpático Camarlengo.

Nota complementaria é indispensable: Sepan cuántos las presentes líneas vieren que la Carta Suplicatoria de los guayaquileños al Romano Pontífice, es documento que existe en copia, debidamente legalizada por autoridad competente de la época, en el libro No. 11 de "Documentos varios" que se guarda en el Archivo Municipal y que hizo compaginar y empastar nuestro querido Dr. Francisco Campos.

Francamente dicho; si yo me supiera algo de Avilés, Aguirre, Arteta, Avellán, Trejo, Ugarte, etc., no las tendría todas conmigo y haría ya tiempo que hubiere andado en enjuages con curas y beatas para procurar el restablecimiento de la celebración á diario en Guayaquil del Jubileo de las Cuarenta Horas. Y, caso de haber fracasado en tal alto y noble empeño, á consecuencia de la frialdad religiosa de que se hallan atacados mis conterráneos, aún los que se dicen de mayor piedad, ya vería modo de arreglarmelas para cumplir en mi casa con la sagrada obligación que les plugo contraer á nuestros respetabilísimos antepasados y que el Papa Pío VI, en arranque generoso, hizo extensiva á los descendientes de estos por el tiempo de ocho generaciones.

No sé cuál de ellas se hiciera reo de tan imperdonable cuánto punible olvido; el caso triste es q' la festividad de las Cuarenta Horas sólo se celebra ahora en Guayaquil una vez al año por la cuaresma! pero no cabe ni habrá perdón para las subsiguientes, hasta la octava, pues cosa bien sabida es por todo buen apostólico romano que "quien inocentemente peca, inocentemente se condena."

Por la lanza de Santiago mi patrono! Culebrillas me corren por todo el cuerpo cuando pienso que, después del largo y vivo parlamento que tendré que sostener con el Celestial Portero, á quien he de llegar á convencer que, que apesar de mis muchas culpas tengo derecho á un pedacito de gloria, tuviera que habérmelas aún con su Santidad Pío VI, saliéndome al encuentro armado de todos sus deslumbrantes atributos y seguido del inseparable Camarlengo para pedirme terrible cuenta de como había usado en el mundo de los vivos, de su incomparable gracia.

Huy! Huy! Avileses, Aguirres, Artetas, Avellanes y demás;..... la que se os espera en el otro barrio!

J. Gabriel Pino R.

Dibujo de Constante.

CAVIA
excelentísimo señor

Este hombre, á quien Burell ha dado la gran cruz de Alfonso XII, era y es uno de los más grandes servidores de la patria; no quiero decir el mayor de todos, porque no parezca que me ciega pasión amicísima, ya que he de asegurar otras cosas que se juzgarían mal y parecerían exageradas ó precipitadas, si no las acompañase una gran serenidad de juicio. Toda su vida se gastó en sembrar ideas en la conciencia nacional; su pluma era como una cátedra á la que cada mañana acudían, no cincuenta ni cien alumnos matriculados de mala gana, sino cien mil lectores, muchos más seguramente, que escuchaban encantados la charla del maestro. Allí los cultos contrastaban y remozaban sus pensamientos; allí los iletrados se aficionaban al placer de la lectura; allí los jóvenes sentían el estímulo de hacer una patria que pudiera jubilar á don Patricio Buenafé porque no fueran ya necesarios sus consejos; allí todos sentían que ideas nuevas arraigaban y germinaban en sus cerebros Tenía aquella cátedra los dos encantos supremos de la vida intelectual, que pocas veces se hermanan: ingenio y cultura. Cávia enseñaba riendo. Sabía tanto de todas las ciencias humanas, como de esta ciencia divina que Dios regaló al hombre: la alegría de la vida. Así, por leerle mucha gente aprendió á leer. Y esta cátedra no costaba al Estado un sólo céntimo; no figuraba en los presupuestos; no iba creando derechos pasivos que hicieran pensar á su titular tranquilamente en los días de la senectud; ni siquiera autorizaba para publicar un amazacotado libro de texto que habían de adquirir los compradores á la fuerza. Así, treinta y cinco años.

Pero Cávia fué aun algo más que educador de muchedumbres y catedrático del pueblo. Llegó á nuestra prensa, como Larra, á quien se le ha comparado muchas veces, en un momento de indecisión. La vieja prensa que había hecho la Revolución y la había deshecho, mano á mano con los políticos, no tenía ya frases huecas suficientes con que seguir engañando á los lectores y, en vano, espíritus avisados intentaban desligar á los periódicos de la política estéril y romper el nexo de dependencia en que había vivido con ella. Como Larra en su tiempo, Cávia dió la fórmula de aquel periodismo nuevo: hablar de la política, sin ser político, desdeñando sus vanidades y rechazando sus provechos; considerar la política como uno de tantos aspectos de la vida nacional, sin más importancia que las Letras ó los toros ...

Desde que Cávia comienza á

Mariano de Cávia

publicar sus **Platos del día** en **El Liberal**, la evolución se inicia en todos los periódicos, aún en aquellos que siguen perteneciendo á una bandería ó un jefe político. Para sobrevivir, el artículo político tiene que buscar galas nuevas en las austeras justicias de la pluma de Troyano ó en el supremo arte de decir, vibrador, brillante y sonoro de la pluma de Burell.

Es una renovación engendradora de un admirable grupo de periodistas, Vicenti, Tuero, Ginard de la Rosa, Comenger, los dos Figueroas, Peris Abascal, Mellado, Canales, López Ballesteros, Francos, Argente... Grupo admirable, pero que se deshace absorbido por ella y por la política, tragado, devorado por ella, y por la muerte, mientras que el lector se hastía y bosteza y pierde la fe que puso antaño en la letra de molde.

Entre tanto, Cávia sigue su labor de sembrador de ideas, de difundidor de cultura y de vez en cuando dedica á la política unas palabras que encarnan aquel gesto suyo tan original, que comienza siendo desdén y acaba siendo misericordia. Pero Cávia vá acercándose á los años en que la juventud no acierta ya á engañarse á sí misma y se confiesa ida para no volver. Cada día, como en sus años mozos, cuando la fecundidad no es dolor, Cávia escribe su artículo. Tras él han llegado dos ó tres generaciones nuevas de escritores y ninguno le supera en novedad ni en variedad ni en cultura ni en ingenio ni en asiduidad; ninguno le ha reemplazado. Talento que no envejece, Cávia sigue siendo Cávia. Las gentes no se dan cuenta de qué portentoso milagro es este de un cerebro que niega el pesar del tiempo y resiste el abrumamiento de producir un artículo diario. Mirad en derredor, escudriñad en esta nación de veinte millones de habitantes y vereis que en ella hay sesenta hombres que han llegado á ministros, muchos á lograr fama en varias profesiones y uno sólo, uno no más, Cávia, á realizar durante treinta y cinco años esta portentosa labor de dilapidación de ideas. Es como aquellos **rajah** de los cuentos de la India que regalan puñados de brillantes y esmeraldas á los caminantes que piden una noche hospitalidad en sus palacios.

¿Con qué paga España á este hombre? Burell, un hermano en letras, un escritor á quien la política no ha logrado borrar su verdadera personalidad y quien, para que las gentes no olviden su singular retórica, está matizando con ella la aridez de la **Gaceta**, le ha dado lo mejor que tenía á mano: la Gran Cruz de Alfonso XII. En el mundo de las vanidades hay algo más: hay grandes collares, hay un Toisón de Oro, y en el mundo de las realidades debiera haber para el Estado español, en casos como el de Galdós y como el de Cávia, las seguridades no de un asilamiento misericordioso, sino de un descanso que pueda gozarse dignamente.

Yo miro, un poco con asombro, el regocijo con que los lectores de Mariano le felicitan porque será preciso colocarle antes del nombre tratamiento de excelentísimo, que es todo lo que dá de sí la grandeza de esa cruz; yo leo, cómo surgen iniciativas de homenajes, y recuerdo aquellos amargos años que siguieron á la coronación de Zorrilla, que no pudo poner á secar sus laureles en el sillón de Gobernador del Banco Hipotecario como Núñez de Arce ó en la Dirección de la Tabacalera como Echegaray, sino en la ventana de su bohardilla de bohemio, donde faltaba el pan ...

Con cruz y sin cruz, con sillón en la Academia ó banqueta en la cervecería donde Cávia gusta de discutir filologías con unos clérigos latinistas, Cávia no necesitará otros honores que el de su propio apellido, mientras el milagro del artículo diario se realice. Portento es ese, y al mismo tiempo galeotaje y esclavitud, que Dios le haga durar muchos años, pero llegará un día en que el Excelentísimo Señor Don Mariano de Cávia merecerá de nosotros aquellos dolientes loores que escribíamos cuando se pedía una pensión para Troyano, ó cuando se abría una suscripción para Galdós... No, limosnas no. Cávia, que por venir acaso de Burell, no ha tenido para esa cruz su característico gesto de desdén, reconocerá que quien ha podido telegrafiar á sus paisanos, llamando á esa concesión "primer favor oficial que recibe en su vida", puede proclamar sin desdoro su derecho á que el Estado cree haberes pasivos para quien sirviendo á la cultura y al bien, como un catedrático, como un ingeniero, como un canónigo, cuando menos, no cobró del Estado un solo sueldo y vivió una vida de independencia austera ...

Dionisio PEREZ.

MUJERES FRANCESAS

Tomé asiento el otro día en uno de los tranvías que son, en este momento, con el precioso y rápido metro el único medio de circulación popular á través de nuestro París tan altivo y noblemente recogido en su ansiedad y espera patrióticas, y como el trayecto á recorrer sobre riel era bastante largo, tuve tiempo de examinar la composición del coche que gobernaba y vigilaba con graciosa y firme autoridad, una joven cobradora, la cartera al lado, el tacanario de billetes en la mano y la cabeza cubierta muy coquetamente con elegante gorro cuartelero.

En los asientos, al lado de tres guardias embutidos en su capote y con el kepis en la frente, dos cocineras, que volvían de algún mercado, cambiaban palabras confidenciales á la vez que manoseaban sus redes de malla de cuerda, repletas de provisiones y vituallas. No lejos de ellas, un señor viejo con aspecto de jefe de negociado, leía un periódico, sin dejar de reajustarse á cada sacudida unos lentes colocados casi en la punta de la nariz. Otros diarios aparecían en diversas manos.

Un obrero de blusa corta manejaba torpemente con sus dedos callosos la hoja impresa, mientras que dos obreritas con sus cajas sobre las rodillas, se inclinaban sobre las páginas que compartían, de una revista ilustrada con escenas militares y retratos de generales. Más lejos, un joven dado por inútil para el servicio de las armas, pálido y enfermo, miraba con obstinación por el cristal para no ser visto á un muchacho de quince años, ya **recio**, quien lo observaba, no sin desdén al tiempo que quemaba un cigarrillo del que comparaba sin duda el inofensivo humo con otros más peligrosos y gloriosos. Cerca de él una señora de cierta edad, esmeradamente vestida, lo examinaba con tan vivo interés maternal que olvidaba la enrollada bandera comprada en algún bazar cuyo pincho amenazador, de cobre dorado, ponía en peligro los ojos de los vecinos de aquélla, sobre todo, los de un grueso obrero electricista que á cada vaivén simulaba parar el golpe con unos listones de madera que tenía en las manos, con gran contento de dos mujeres del pueblo en **caracó** que codeaban á una joven alta, á la última moda, con un rollo de música, bajo el brazo.

Unid á este congreso un mozo carnicero con ensangrentado delantal, y un magnífico territorial de largos bigotes, rostro atezado, con la capota desteñida y rugosas botas y tendréis poco más ó menos la composición de mi tranvía.

Añadid á ese cuadro también una mujer vieja que lloraba en un rincón.

Sentada, más bien, desplomada sobre la banqueta, envuelta en pobres tocas de duelo, con la cara demudada por un dolor cuya causa se adivinaba, la viejecita, lloraba, lloraba con todo su sér, con toda su alma, con tanto abatimiento y resignación que nadie se hubiese atrevido á dirigirle la palabra. Solamente de todas las gentes que allí estaban, iba á veces hacia ella una mirada furtiva, discreta.

Con respeto el señor viejo que leía su periódico, las obreritas por encima de la revista ilustrada, las cocineras palpando sus redes, y el joven recio y la dama del sombrero, y el electricista y el territorial y la cobradora de gorra cuartelera, todos, saludaban con muda piedad este dolor y esas lágrimas; todos inconscientemente, reconocían en aquellas tocas negras, en la pobre cara demudada, el emblema de este duelo heróico que Francia, que París, llevan tan digna y orgullosamente y que dispersa por nuestras calles tántas sombrías caminantes con velo de crespón que parecen dolorosos fantasmas á la busca de los seres queridos que han perdido.

¡Coro fúnebre de madres, de viudas, de hijas!

De la gran tragedia guerrera que se representa en el sublime teatro de la Patria, ellas son las Hécubas, las Niobes, las Antígonas, las Andrómacas, y la pobre mujer que sollozaba sobre el vulgar asiento de un tranvía, ¿no es la igual de la antigua llorosa que se lamentaba cuando volvía sin su dueño, el carro del héroe caído bajo los muros de Troya?

Henri de REGNIER.

Crepuscular

(Inédita)

Recostada á la sombra de un árbol que rumora
mientras riega sus quejas una lánguida esquila,
persiguiendo un ensueño, la cansada pastora
ha cerrado los ojos en la tarde tranquila.

El rebaño olvidado sube por la montaña
nevando los senderos con su móvil blancura,
y al llegar á la cumbre donde está la cabaña
el vespertino rayo sus vellones purpura.

Una dulce tristeza vaga por el paisaje;
lenta y diáfana suena la canción de una fuente
que discreta se oculta bajo el verde follaje.

Y al fulgor diamantino de una límpida estrella,
por la enhiesta montaña la pastora doliente
del rebaño perdido va siguiendo la huella.

Guillermo BUSTAMANTE.

De Gabriel D' Annunzio

(Inédita)

Convalesciente de exquisitos males
va por el parque en su litera fina,
y su belleza lánguida culmina
en la senda de lilas y rosales.

Le sonríen las hermas inmortales
en la clara dulzura matutina,
y circundan su gracia palatina
escenas de olvidadas pastorales.

Para sus elegancias de latina
desata sus mejores madrigales
la fuente, en una glosa cantarina,

mientras en las dulzuras matinales
va por el parque en su litera fina
convalesciente de exquisitos males.

E. NOBOA CAAMAÑO.